

de sus deberes religiosos, el que acomoda su vida á las enseñanzas de la Iglesia y desea que á ellas se atengan los demás hombres, porque lo que juzga bueno para sí lo quiere para su prójimo, ese es el clerical; y basta para los más sectarios que, aun sin eso, exista un fondo de Catolicismo, aunque esté de mil modos mitigado, para que allí vean esa fantástica y aterradora esfinge del clericalismo.

«El grito de «guerra al clericalismo» conque se combate la acción sobrenatural y salvadora del sacerdocio — dicen en su instrucción pastoral los prelados reunidos en Santiago de Compostela con motivo del Congreso católico — es una manera de disimular el odio anticristiano, que pretende extirpar la vida sobrenatural de los pueblos civilizados, y apartarlos de la sombra benéfica de la cruz, para que se debiliten y aniquilen entre los ardores de todas las concupiscencias y apetitos.»

Es, por consiguiente, indudable: no hay esa distinción que algunos maliciosa é hipócritamente quieren establecer entre el clericalismo y la Religión. A lo que se persigue con el nombre de clericalismo es á la misma Religión Católica.

CAPITULO III

Windthorst.

I Windthorst hasta que fué elegido jefe del Centro Católico alemán.—II. Su aspecto físico y su modo de ser.—III. Windthorst como político.—IV. Windthorst en los congresos católicos.—V. Muerte de Windthorst.—VI. ¿Encontraremos en España un Windthorst?

I

Después de haber presentado á nuestros lectores un resumen, un verdadero esqueleto de aquellas leyes opresoras que se llamaron leyes de Mayo, y que constituyeron lo que también se llamó el Kulturkampf prusiano, esqueleto desprovisto del revestimiento de las iniquidades, de las vejaciones, de las escenas repugnantes que le acompañaron y de los sufrimientos que á los católicos alemanes produjo, y que fácilmente se comprenden, aunque es difícil formarse idea de su intensidad, pasemos á exponer la actitud de aquellos valientes católicos, el resultado que con ella alcanzaron, y, entrando en este terreno, nos sale al encuentro, en primer término, un nombre que parece que comprendía en sí la acción de los católicos alemanes; y así como Bismarck es el campeón y la primera

dencia extraordinarias, que daban al empuje de su palabra una fuerza irresistible. Hábil en conocer y apreciar las circunstancias y la atmósfera que le rodeaban, no era de esos caracteres, por otra parte bien intencionados, que tanto abundan entre nosotros, que desprecian lo que no sea conseguir todas las reivindicaciones á que aspiran, y que, si no consiguen todo, todo lo abandonan y lo dejan perder, soñando en que lleguen tiempos, que ellos inconscientemente hacen que se alejen, en que todo ha de dárselos como por encanto; veía lo que en cada caso era posible, y á aquello tendía con empeño, haciendo concesiones de lo que tal vez nunca hubiera conseguido; y á ese gran talento práctico se debieron sus triunfos y el incremento que el Centro fué sucesivamente adquiriendo. Si los enemigos le ayudaban en casos concretos, no rechazaba su apoyo; su mira estaba puesta en el triunfo de la verdad, por la que no perdonaba sacrificio alguno; no en la satisfacción de personales ambiciones ó caprichos, ni en reclamar para sí la exclusiva para trabajar por la causa de la verdad.

IV

Windthorst era el alma de los congresos católicos alemanes, de esas grandes maniobras de otoño, como él las apellidaba, que constituyeron una fuerza poderosa para los católicos y que fueron la base de su organización y de su acción

política y social. En ellos el incansable jefe del Centro católico trabajaba sin descanso; intervenía con su elocuente palabra en todas las discusiones importantes, unas veces para hacer entrar en razón á los exaltados, otras para desentrañar las cuestiones que allí se discutían, y siempre para pronunciar el discurso de clausura que era la síntesis de los trabajos del Congreso y la pauta de la acción católica para el año que seguía. Su carácter amable, su humorismo ingenioso, que en nada perjudicaba á su seriedad, su mucha bondad y su piedad envidiable, le hacían ser amado con verdadero frenesí, y él encontraba complacencia en mezclarse con aquel pueblo de quién era el ídolo.

«En el Congreso de Bochum, dice Kannengieser ¹, fui testigo de una escena encantadora que pinta al hombre al vivo. Las reuniones generales se celebraban en un local inmenso que podía contener diez mil personas, y cada tarde, antes de la apertura, no quedaba desocupado un solo puesto. Para pasar el tiempo, se bebía, porque en Alemania es costumbre que aun las reuniones más graves vayan adicionadas de libaciones; pero servir á millones de huéspedes en una sala en que se está hacinado, es un problema difícil de resolver. Esperábase largo tiempo, y cuando se distinguía la servilleta de un mozo, apostrofábasele con formas poco parlamentarias. Sucedió, pues, que un excelente minero, que tenía sin duda mucha sed, vió por fin la servilleta de uno de aquellos mozos

¹ *Los Católicos Alemanes* N; cap. 1.º párr. 5.º

legendarios: éste era pequeño y esforzabase en abrirse paso á través de la concurrencia. «Date prisa en servirme», díjole el obrero golpeándole sobre el hombro. «¡Paciencia!», replicó el pequeño servidor sin volverse.—Algunos minutos después volvió en efecto con un vaso enorme de cerveza que depositó delante del obrero, diciéndole con una sonrisa indecible: «¡Es necesario perdonar la lentitud del servicio; estamos rendidos!» Todo el mundo se echó á reír aplaudiendo; el obrero se quedó consternado; el pobre hombre había tomado á Windthorst, que se abanicaba con su pañuelo, por un mozo de cervecería, y la Pequeña Exce-lencia había aceptado jovialmente el *quid pro quo*».

V

En Marzo de 1891 el Catolicismo perdía su gran campeón en Alemania; diecisiete millones de católicos alemanes lloraron su muerte, y hasta sus propios enemigos ponderaron la pérdida que el imperio experimentaba, é hicieron justicia á sus méritos extraordinarios. El emperador depositó coronas sobre aquel cadáver ilustre. Su vida de apóstol y su muerte de católico ferviente, son prenda segura de que esa muerte fué el comienzo de una vida eterna de bienaventuranzas.

Windthorst jamás quiso aceptar los brillantes puestos oficiales que se le ofrecían, y que tan fácil le hubiera sido conseguir, y prefirió morir modes-

tamente, casi con pobreza, á abandonar un momento siquiera la defensa de la libertad de la Iglesia, á cuya causa consagró con entusiasmo y con un desinterés verdaderamente admirable, y que puede servir de modelo á todos los católicos, su vida entera, su laboriosidad inmensa, todo su tiempo, su fortuna, sus aspiraciones más legítimas y las dotes extraordinarias de que Dios le había dotado con largueza ¹.

VI

Es muy general entre los españoles soñar con un hombre que arregle todo lo que anda desarreglado. Nos hace falta un hombre—se dice á cada paso—y ese hombre no parece, por más que muchos se afanan en buscarle, y muchos otros se creen á sí mismos el hombre deseado, y en rigor no falta razón á los que así piensan; un hombre que dirija, un hombre que organice, un hombre que mande, un hombre, en definitiva, que lo haga todo: ¿podrá darse solución más descansada para los que no sean ese hombre, ni más de relumbrón

¹ No se puede en justicia, al hablar de los méritos de Windthorst, dejar de hacer mención de los de su digna esposa, que dando una prueba de lo que la mujer puede contribuir á trabajar con su marido por la causa del bien, fué un auxiliar de Windthorst y aceptaba gustosa todo sacrificio que sus arduos trabajos la exigiesen, procurando siempre alentar al gran tribuno en sus fatigas.

para los que creen ser el hombre soñado por muchos?

Pero antes de que surja el hombre que apetece-
mos, es preciso que se formen los hombres que han
de seguirle y han de precederle; es preciso que
nazcan las ideas que han de encarnar en él, los
ideales que han de darle vida, las aspiraciones
que le hagan elevarse de entre el nivel común.
Cuando esos ideales, cuando esas aspiraciones es-
tán encerrados en los moldes estrechos de una ban-
deria, cuando las discordias intestinas les inspi-
ran, los hombres que por su propio valer ó por
circunstancias del momento logran rebasar el ni-
vel común, nunca legan á la historia un nombre
glorioso como el de Windthorst rodeado de es-
plendor y merecedor al respeto y la admiración
de la posteridad, porque no pasan de ser simples
caciques, que harto harán si logran ser olvidados
y no dejar un nombre cubierto de oprobio. Nunca
pueblo alguno es más fecundo en caudillos insig-
nes que cuando, animado de un mismo espíritu,
embargado por un mismo sentimiento, entusias-
mado por una misma causa, se apresta á la de-
fensa de una aspiración elevada, lucha, por ejem-
plo, por la independencia de su patria; entonces,
aun de entre las clases más humildes surge el Vi-
riato que conduce á su pueblo á la victoria por el
camino del verdadero heroísmo; pero no busque-
mos la heroica figura del caudillo popular á quien
nadie nombra jefe y todos como á tal obedecen,
entre la molicie y el desfallecimiento de los pue-
blos ni entre el murmullo de discordias intes-
tinas.

El hombre que haya de ponerse á la cabeza de
un gran movimiento de opinión inspirado en no-
bles ideales, ha de tener, si ha de llenar cumpli-
damente su puesto, condiciones extraordinarias,
es cierto; ha de ser como Windthorst organizador,
valiente en el ataque, prudente en el mando, de
exquisito talento práctico, de superior intelligen-
cia, de grandes energías, de entusiasmo por la
causa que esté colocada en sus manos, y dispuesto
por ella á todo género de sacrificios; pero han de
precederle los ideales á que se consagra, la unión
y el entusiasmo que son la principal causa de su
encumbramiento, y han de acompañarle huestes
agiterridas y compactas dispuestas á escuchar y
seguir su voz, animadas de un mismo espíritu, dis-
puestas á los mismos sacrificios que él, y con sus
mismos entusiasmos y convencimientos y sujetas
y obedientes á su jefatura. ¿De qué hubieran ser-
vido á Windthorst sus condiciones personales, con
ser tan relevantes, sino le hubiera ayudado en su
empresa un episcopado unido y entusiasta, y tan-
tos y tantos católicos como, dispuestos á sacrifi-
carse por la defensa de la Religión, le siguieron
con entusiasmo y le escucharon con respeto sin
dar cabida á disensiones menudas ni á confabula-
ciones insensatas? ¿De qué nos serviría á los espa-
ñoles tener el hombre con que soñamos si para
seguirle nos faltan ideales, nos falta organización,
nos faltan entusiasmos, sumisión y disciplina, y
nos sobran disensiones, antagonismos y suspica-
cias en cosas que, aun siendo secundarias, pone-
mos en primer término? Acallemos estas menudas
pasiones y suplamos aquellas faltas tan sensibles

y no preguntemos entonces quién es el hombre en que soñamos, porque ese hombre surgirá de entre nosotros sin que nadie acuerde su jefatura, y sin que nadie piense siquiera en discutirla.

Pero no olvidemos que antes de que el Centro católico alemán se presentase en la arena de los combates políticos y parlamentarios; que antes que la jefatura de Windthorst fuese por todos reconocida, existía entre el pueblo católico alemán y su episcopado una corriente de sumisión y acatamiento, que fué la base de aquella organización admirable; que la voz unánime de aquel episcopado era escuchada y seguida por los jefes y soldados de fila del Centro, y que, sin esa sumisión y esa obediencia, la jefatura de Windthorst no se comprendería. No olvidemos tampoco que antes que entre nosotros aparezca el Windthorst en que muchos sueñan nos es preciso lograr esa sumisión y ese acatamiento completo á la voz del Sumo Pontífice y á la dirección del episcopado, sin reservas ni subterfugios, que en la práctica se traducen en verdaderas resistencias; después será tiempo de pensar en si es necesaria una jefatura y si hay entre nosotros un Windthorst que la desempeñe. Mientras tanto preciso es que atendamos á establecer la unión de los católicos españoles en la forma que Su Santidad nos ha indicado, *bajo la dirección de aquellos á quienes Dios puso al frente para la defensa y conservación del orden religioso y moral*¹, y, «dejando á la providencia de Dios diri-

¹ Carta de Su Santidad al Cardenal Benavides después del Congreso católico de Zaragoza.

gir los destinos de las naciones, obremos enteramente acordes, *guiados por el episcopado*, para promover por todos los medios que las leyes y la equidad permitan los intereses de la Religión y de la patria»¹.

¹ Alocución de Su Santidad á los peregrinos españoles en 1894.

figura de los que á la Iglesia Católica combatían, Windthorst es la encarnación de los católicos perseguidos, el campeón decidido de la causa de la verdad, y su nombre va unido á todas las victorias de los católicos alemanes. Por eso hemos de empezar esta materia hablando de Windthorst.

Luis Juan Fernando Gustavo Windthorst nació en 17 de Enero de 1812 en Kaldenhof, antiguo principado eclesiástico de Osnabrück, en Hannover, fué el segundo de seis hijos de Francisco José Benito Windthorst, doctor en derecho, y desde muy niño dió muestras de gran inteligencia, y manifestó con sus actos ser tan extremadamente terco, que su padre, disgustado con ese modo de ser, decidió dedicarle á aprendiz de zapatero, y no pocos esfuerzos fueron necesarios para hacerle desistir de tan firme propósito: ¡cómo había de figurarse aquel buen padre cuando en esto pensaba los designios que Dios tenía hacia aquel niño!.... Estudió latín en el instituto de Osnabrück, y más tarde, aunque manifestó deseos de abrazar el estado eclesiástico, al fin se decidió por la profesión de su padre y cursó la facultad de derecho, sucesivamente, en Gothinga y en Heidelberg; obtenido el título de abogado, volvió á Osnabrück donde abrió un bufete y adquirió muy pronto en él la fama que su valer merecía, y á poco fué nombrado síndico del Orden ecuestre de la nobleza y miembro del Consistorio.

En 1848 ocupó Windthorst el puesto de consejero de la Corte de Apelación Superior, y en 1849 fué elegido diputado de la segunda Cámara de Hannover. El día 17 de Febrero de 1849, pronun-

ciaba su primer discurso en la Cámara, y en 1851 fué elegido presidente de esta Asamblea, haciéndose merecedor á que en el mismo año el rey le confiase el Ministerio de Justicia, primer caso que se dió en Hannover de que una cartera fuera desempeñada por un católico; en este puesto permaneció de nuevo dos años y fué nombrado ministro en 1862, cargo que desempeñó hasta 1865, prestando en él grandes servicios, á la vez que á su patria y á su rey, á la Iglesia y á los católicos hannoverianos. Pero la hora de la desaparición de Hannover como monarquía independiente se acercaba; el rey Jorge V se había puesto del lado de Austria, y el resultado de las luchas políticas que en Alemania iban á desarrollarse, sería no tardando para Hannover su anexión completa á Prusia; el pequeño reino perdió su independencia con la derrota de Austria en Sadowa.

Windthorst desempeñaba entonces el cargo de fiscal de la audiencia de Celle, y á pesar de sus sentimientos legitimistas, de lo mucho que se había opuesto á las pretensiones ambiciosas de Prusia, y de su amor por su rey y por su patria, que le hizo lamentar la pérdida de su independencia, no tomó la determinación que hubieran tomado muchos políticos españoles en su caso, que hubiera sido el retirarse á la vida privada y haber permanecido en una completa é inútil inacción sin reconocer jamás el régimen que los hechos habían impuesto con una fuerza incontrastable, haciéndose la ilusión en la tertulia de unos cuantos amigos y correligionarios, ó en la redacción de un periódico de algunas docenas de suscriptores, que

ese régimen no existía, ó que carecía de fundamento sólido y sería fácil derrocarlo al primer empuje que ellos dieran, ó dedicarse á trabajar y conspirar por su rey prescindiendo de intereses más altos, y haciendo guerra á muerte, como á sus más capitales enemigos, á los que, estando con ellos unidos en esferas é intereses comunes más elevados y permanentes, no coincidiesen en detalles de política ó cuestiones de procedimientos. No; Windthorst siguió siendo partidario de su destronado rey, pero bien comprendió la imposibilidad de deshacer lo hecho, y la insensatez de subordinar á los intereses de una dinastía ó de un reino los que afectan á la humanidad entera y pertenecen á un orden inmensamente más elevado; con el triunfo de Prusia los intereses católicos peligraban, y no era de buen católico dejar de acudir á la defensa de esos sagrados intereses y limitarse á sostener la causa de un rey destronado. Por eso le veremos acudir allí donde el peligro para el Catolicismo era mayor, tomar parte activa en los trabajos del Parlamento prusiano, no ya para presidir Gobiernos como político, sino para luchar como valiente soldado de Cristo, y más tarde dirigir un partido robusto, disciplinado, que no sueña con vindicaciones imposibles, que no discute los derechos del emperador de Alemania, del rival victorioso del Austria católica y del rey de Hannover, á la corona del imperio, que trabaja con fe y con empeño dentro de la realidad y de las leyes, y no persiguiendo ideales imposibles, por laudables que parezcan, y que, gracias á esa fe y á ese gran sentido práctico, consigue

triunfos que se hubieran tenido por sueños irrealizables.

Inspirado en esos nobles sentimientos renunció Windthorst el cargo de fiscal que desempeñaba, se negó á aceptar los puestos que el conquistador le ofrecía, y se dedicó á la política activa para contribuir á salvar lo que pudiera ser salvado de los intereses de su fe y de la independencia de su país, y la circunscripción electoral de Meppen en 1867, le dió su representación en el Landtag prusiano y en el Reichstag de la Alemania del Norte ¹.

Llegada la época de la apertura del Reichstag en 1871, los católicos, desengañados ya de las ilusiones que antes habían podido formarse, y convencidos de que se había abierto contra ellos un período de franca y abierta oposición, trataron de organizarse para la defensa, y el grupo del Centro se reformó eligiendo como jefes á Savigny, Hermann de Mallinckrodt, al obispo Ketteler, á los dos Reichensperger y á Windthorst. Hasta que llegó la época de la guerra abierta al Catolicismo, Windthorst había ocupado el último término entre los jefes del Centro; pero Mallinckrodt, que hasta su muerte fué el jefe del partido católico en Ale-

¹ El destronado rey de Hannover, Jorge V, dió á Windthorst su representación para tratar con el Gobierno prusiano la devolución de su fortuna personal, y, después de acordada esta devolución, Bismarck encontró pretexto para emplear los millones en que consistía en comprar los medios para crear una opinión pública favorable á su política.

Esta suma se llamó el *fondo güelfo*, porque la familia real de Hannover descendía de los duques y condes güelfos, famosos en la historia de la Edad Media.

mania, murió en 26 de Mayo de 1874¹, y poco antes había bajado también al sepulcro Savigny y se había retirado de la vida pública Mons. Ketteler, y la desaparición de estas primeras figuras del Centro católico hizo resaltar la ilustre personalidad de Windthorst.

II

Según el testimonio de los que le conocieron, no denunciaba Windthorst por su aspecto lo ex-

¹ Herman de Mallinckrodt había nacido en 5 de Febrero de 1821, en Minden en Westphalia, y á él fué, principalmente, debida la organización del Centro católico alemán, que con tanto acierto dirigió Windthorst durante ese período que podríamos llamar heroico del Kulturkampf.

De Mallinckrodt dijeron hasta los mismos periódicos liberales que había sido el orador más eminente de los Parlamentos de Alemania. "Ofrecía—dice Kannengieser*— rasgos físicos que le daban cierta semejanza con un español del Renacimiento; cuando se le veía por primera vez, evocaba uno sus recuerdos y se preguntaba con curiosidad en dónde había visto aquella cabeza. Habíamos visto, en efecto, aquel semblante huesoso con ángulos de acero, aquella rígida efigie, iluminada por dos relámpagos; aquella frente pálida y recelosa, profundamente surcada por el trabajo del pensamiento; aquellos labios finos y levantados, con un pliegue en sus ángulos de imperceptible desprecio y de inmensa piedad; aquella corona de cabellos, encanecidos antes de tiempo, modelando, con la barba en punta, una fisonomía pintoresca de una belleza varonil, repleta de energía, de gravelad, de tristeza, de ironía y de bondad. Lo habíamos visto en el Museo de Madrid, quizá en el Louvre, en alguna galería de Roma ó de Bruselas, bajo la forma de yo no sé qué retrato español del siglo XVI. Si Mallinckrodt hubiera llevado gorguera, cualquiera lo hubiera podido reemplazar en el cuadro. Tenía, hasta el punto de confundirse con él, el aire de un hombre de otra época."

* *El despertar de un pueblo*, cap. II, párr. 13.

traordinario de sus facultades; he aquí lo que de él dice Kannengieser¹:

«No olvidaré jamás la impresión que me produjo Windthorst cuando tuve el gusto de verle de cerca por la vez primera. Encontrábame yo en Friburgo de Brisgovia, con ocasión de la asamblea general de los católicos alemanes. Multitud de personas distinguidas habíanse dado cita á orillas del Dreisam, y no es necesario añadir que Windthorst constituía el principal atractivo de la fiesta. Verle y aclamarle era, después del Kulturkampf, el sueño dorado de todo católico alemán. El entusiasmo es contagioso; se comunica á todo el mundo. Quiso la suerte que me encontrase al paso de la *Pequeña Excelencia*² cuando se dirigía al salón de sesiones, y vi entre dos colosos — el barón de Frankenstein y el abate Hitze — un viejo pequeño, de raquítica apariencia, que se adelantaba sostenido por dos piernas delgadas, alrededor de las cuales enrollábanse los faldones de una levita mal forjada; su cabeza, un poco gruesa, iba cubierta de un sombrero absolutamente inverosímil; su rostro aparecía cortado en dos partes por una boca enorme, que acentuaban aún sus gruesos labios; la frente, que yo distinguí poco después, invadía la mitad del cráneo, y entre las orejas, nada disimuladas por cierto, dos ojos casi ciegos lanzaban fantásticos reflejos detrás de los cristales de aumento de sus anteojos. Hubiérasele tomado por una caricatura viviente, arrancada de un lienzo

¹ *Los Católicos Alemanes*, cap. I, párr. 1.^o

² Así se llamaba á Windthorst por su pequeña estatura.

de Callot; mas, por un prodigio increíble, aquel rostro tan resueltamente feo inspiraba poderosa simpatía, gracias á la mezcla de delicadeza, de malicia contenida, de bondad comunicativa, que constituían los elementos característicos de la fisonomía de Windthorst.»

Como cristiano, era Windthorst modelo de virtudes y hombre de una piedad extraordinaria; y como hombre de mundo, ejemplo de caballeros católicos; de carácter afable, de trato ameno y de conversación chispeante, reflejo de una imaginación y un talento realmente superiores, y hombre, sobre todo, de corazón hermoso, al que sus sentimientos religiosos hacían más hermoso todavía.

III

Sin embargo, aquel hombre de pobre figura, cuando en el Parlamento alemán se levantaba á contender con el Canciller de Hierro, lograba desconcertar á su adversario, quien, con su elevada talla y su arrogante aspecto, formaba con él un curioso contraste, y Windthorst conseguía tener pendiente de sus labios á todo su auditorio. En aquellas lides memorables, desmenuzaba con maravillosa maestría, á veces con ironía cruel, y siempre con una fuerza de lógica incontrastable, las grandilocuentes arengas de Bismark; y en estas luchas, que se repitieron frecuentemente durante el Kulturkampf, la gran figura del canceller

quedaba empequeñecida, y á veces destrozada, al empuje irresistible de su contrincante, á quien sus compatriotas apellidaban el Moltke parlamentario.

«El Canciller de Hierro y de sangre, seguramente sin prever esta conclusión de sus duelos parlamentarios con el pequeño diputado de Meppen, no había dejado de ver desde luego en él un adversario temible. El 9 de Febrero de 1872, en un discurso que era una fuerte acometida contra el Centro, llegó hasta á declararse dispuesto á hacer la paz con este grupo si Windthorst, á quien él llamaba el miembro director, el portaestandarte del partido, se separase ó fuera excluido de él. Los colegas de Windthorst no se cuidaron de acceder á esta invitación. Respondiendo en su nombre el caballeroso Hermann de Mallinckrodt, hizo este bello elogio del diputado desagradable á Bismarek: «Estamos orgullosos de tener en medio de nosotros un miembro tan eminente como es el representante de Meppen. Se nos ha unido una perla, y nosotros la hemos engastado en la conveniente montura.» Esta frase feliz se ha hecho popular: Windthorst ha conservado el nombre de «Perla de Meppen», que representa muy bien la excelencia de los dones del cielo reunidos en su persona, corporalmente tan pequeña»¹.

Era Windthorst, como político, un ser verdaderamente superior, de una sagacidad y una pru-

¹ *Windthorst et l'union catholique en Allemagne*, por J. Brucker, publicado en la revista de los Padres de la Compañía de Jesús *Études religieuses philosophiques, historiques et littéraires*, número de Junio de 1891.